Tonio, Le Petit Grandulón

por **Andrés Sobico**

Existen muchas formas de no crecer.
Y existen muchas formas de no querer crecer.
En el primer caso (pasivo) se sufre una extinción lenta, un bonsai fracasado. Pero cuando uno sabe que no quiere crecer, ahí ya es otro trabajo, un trabajo de toda la vida.

Primera parte. Los Cuatro Planes

Algunos planes (o trabajos) para no crecer:

Plan 1. Estudiar matemática, o cálculo como decía Antoine, que era un especialista en esa ciencia ficticia.

Plan 2. Querer volar, y hacerlo, por siempre y para siempre. "*Si tuve algún mérito en la vida fue no olvidarme que una vez me pregunté, a los 11 años, cómo se vería el mundo montado en un rayo de luz; todo lo que hice después, hasta hoy, fue para responderme esa pregunta*", dijo Einstein cuando le entregaron el Premio Nobel.

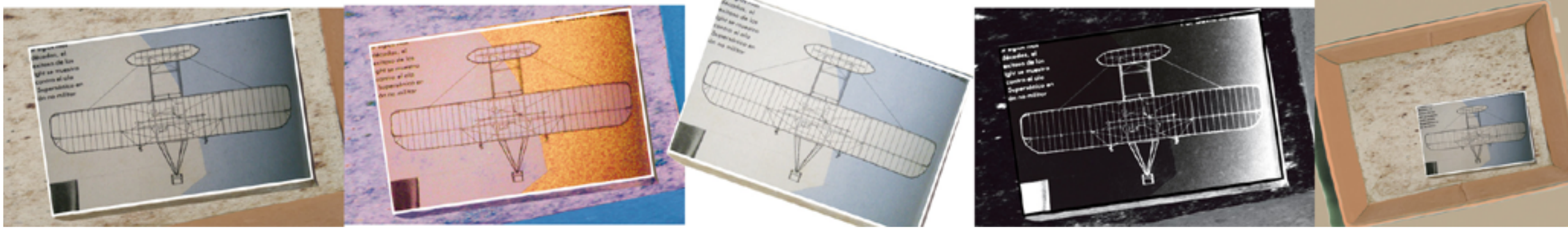
Plan 3. Dibujar, como una manera de mejorar el mundo; cuando Antoine ya era Tonio, a sus 45 años; y después de una vida de dibujar planos, piezas de aviones y motores, ¡y mapas desde el aire!; tuvo una especie de epifanía aterradora: iba a tener que ilustrar él mismo el cuento sobre aquel hombrecito.

Plan 4. Escribir es el cuarto plan; pero existe un problema, cuando una persona que no quiere crecer se pone a escribir, lo único que sabe es que escribe para cómplices, no escribe *para grandes ni para chicos*.

Todos estos cuatro planes para no tener que crecer tienen un problema: requieren aprender técnicas, algunas complejas, que exigen a las neuronas inteligencia e imaginación; otras más físicas, plagadas de gestos técnicos precisos y peligrosos, como mover las palancas de mando para hacer un *loop* con un avión biplano, o colorear un original con acuarelas en plena noche e intoxicado con café, en un original lleno de baobabs con sus malditas raíces y con este pincelito que en cualquier momento se pasa de la raya.

Las técnicas son saberes que vienen de antes, dieron resultados, y aseguran éxito. Las técnicas te exigen obediencia por una razón simple: te salvan la vida. Supongamos que querés ser aviador y uno de

Fotógrafo, Escritor y Profesor de Tecnología



los primeros días en los que te dejan pilotear a vos solito se te ocurre no seguir una técnica "para ver qué onda". Te morís. Claro, uno no se muere si por mala técnica con su pincel en un original el marrón oscuro del planetita va a parar a una de las malditas raíces del baobab. O sí, depende de cuanto café hayas tomado. Y de la fecha de entrega al editor.

Escribir y volar

Saint Exupéry escribía porque no lo podía evitar, cuando era chico levantaba a sus hermanas a medianoche solo porque tenía que leerles la poesía o el cuento que acababa de terminar. Y después, las cartas a su madre, a la que le escribía desde los colegios en los que estaba internado, desde la *colimba*, y, después, desde donde fuese que estuviera en el mundo como aviador raso de los flamantes correos aéreos.

Como todo escritor, pretendía trascender; pero mucho mucho más necesitaba volar físicamente. *"Voler avec le cul"*. Volar lo constituyó como un hombre del hacer.

Por eso, como escritor, vivía siempre desconfiando de las palabras: *"Y pienso que inclusive el más rústico, cuando la acción le impide elegir sus palabras y deja pensar a su carne, no piensa con un vocabulario, sino por fuera de las palabras, en símbolos. Los olvida enseguida, como al salir de un sueño, y los reemplaza por un idioma técnico, pero el símbolo lo contenía todo; y no era literatura"*.

Y esta carta de Saint Exupéry a su amigo Benjamín Crémieux sigue contando un incidente de desorientación volando de noche. *"La noche era sin luna, yo navegaba entre la bruma de abajo y las nubes espesas que volvían la noche más negra aún. No había nada material en el mundo para mí, salvo mi avión. Estaba "por encima de todo". Y he que vi, al ras del horizonte, una primera luz; creí que era un faro. Usted se imagina la alegría que da un pequeño mundo brillante que lo contiene todo; pero era una estrella, no un faro; y así me pasó tres veces; de pronto sentí cólera y me encontré gritando* ***¡No encontraré nunca entonces la estrella en la que vivo!****"*.

Segunda parte. Tonio/Antoine y sus mujeres.

Cuando en 1906, los hermanos Wright demuestran en Francia con su Flyer que era posible volar mediante un artefacto más pesado que el aire, en un vuelo controlable y con motor, el petit Antoine tenía en ese momento seis años.

Antoine Marie Jean-Baptiste Roger de Saint-Exupéry, dicen que esos eran todos sus nombres, nombres de nobleza francesa venida a menos. El petit Antoine fue criado por madre, tías y abuelas. Grandes espacios, colegios agradables para la época, vivió una infancia feliz: *"Soy de mi infancia como de un país"*, dijo más de una vez, y no se sabe si plagiaba a otro escritor, o simplemente decía algo evidente para cualquier ser humano.

Pero todos sus nombres se convirtieron en Tonio cuando en Buenos Aires conoció a Consuelo Suncín. Esa misma noche la llevó a volar sobre Buenos Aires y la hizo vomitar en el aire a pirueta limpia. Así la enamoró, lo que habla muy bien de los dos.

Ella era veleidosa, pretenciosa, malcriada, una artista del vivir, una *bon vivant* que en las malas épocas se hacía pagar los taxis por el conserje del hotel donde debían un mes de hospedaje. Cuando vivían en un sucucho en París casi sin muebles hacía fiestas y cuando los amigos llegaban los mandaba a comprar el champagne, el queso y demás comestibles.

Su Tonio tuvo buenas y malas épocas económicas, y también vivió como piloto en lugares exóticos y en lugares inhóspitos (a veces, eran las dos cosas a la vez), y siempre juntos.

Tonio aterrizaba luego de su tarea de piloto de correos, en su mítica *Aéropostale* (o Aeroposta aquí en Argentina), y su Consuelo ya lo hacía volar de nuevo. Fue su Rosa.

Y otra vez las mujeres, con su novela *Vol de Nuit* editada por Gallimard. *Vuelo nocturno* fue best-seller, porque ganó el Premio Fémina, un premio literario que ya existía desde 1904, con un jurado compuesto solo por mujeres. Tonio lo ganó en 1931; con una novela sobre aviación, pero no de guerra, plagada de drama y contextos técnicos bien explicados.

Ese espaldarazo hizo que lo publicaran en Estados Unidos y se vendieran también sus dos novelas anteriores; lo traducen al español, alemán y al italiano. Aunque la realidad le demostraba a Tonio que se podía vivir del escribir; nunca quiso bajarse de los aviones.

Dos pequeñas princesas

Una tarde de 1929, en su época de Argentina con el Correo Aeroposta, estaba en vuelo a la altura de Concordia diseñando la ruta Buenos Aires-Asunción, cuando decide chequear un campo como posible pista de aterrizaje de emergencia. Todo muy bien hasta que en los últimos metros su rueda derecha cae en una vizcachera y se avería. Tonio se baja maldiciendo, nadie a la vista, se para con los brazos en jarra, se recrimina no haberse acordado de aquellos *souris géante* (ratones gigantes) que había conocido por los gauchos de Bahía Blanca cuando hacía el correo hacia Río Gallegos.

Cuando de repente, escucha una risita que sale desde el monte a sus espaldas y la voz de un niño

que dice en francés algo sobre lo tonto que ha sido al no ver las vizcacheras.

Creyendo alucinar, como ya le había sucedido en el desierto argelino, Tonio da un respingo y se voltea a ver. No era un niño, eran dos niñas, eran Edda y Suzanne Fuchs Vallon, hijas del propietario del lugar, un francés instalado en la Argentina hacía mucho tiempo.

Antoine no tuvo hijos, pero nunca perdió oportunidad de conversar con sus congéneres, más si estos tenían de mascotas iguanas y mangostas, *"y una vez tuvimos un renard (zorrito), pero se quiso ir a vivir a otro lado"*.

Las niñas aparecerán dos veces en su producción; primero, un artículo en la revista *Marianne*, llamado "Las princesas de la Argentina"; luego, les dedica el capítulo "Oasis" en su gran novela *Tierra de hombres*.

Ellas, las dos, fueron su Alicia Lidell, musa de otro matemático que no quería crecer.

Quién es ese hombrecito

Al comienzo de la Segunda Guerra Mundial se presentó como piloto y le dijeron que ya estaba grande (¡justo a él que no quería crecer!).

Fue a Estados Unidos e intentó convencerlos de luchar contra Hitler. Esa misión autoimpuesta lo enfermó y su editor norteamericano supo que debía darle algo que hacer. Una tarde en la que tomaban café Antoine, su editor y la esposa de este, Tonio conversaba y dibujaba un monigote en la servilleta.

—¿Quién ese hombrecito?

—No sé...

—Entonces ¿por qué no lo averiguás escribiendo un cuento sobre él?

—¡Un cuento para chicos! —agregó la esposa del editor—. ¡Tenemos que competir en Navidad con Travers y su Mary Poppins!

—¿Les parece?... Es que ya bastante que me consideren escritor, pero yo nunca escribí para chicos.

—¡Escribilo para él! —dijo señalando al hombrecito, que parecía mirarlo desde el dibujo— ¡O escribilo para vos!

Un año después de publicar Le Petit Prince, habiendo logrado mediante presión mediática volver a volar por Francia, y siendo el piloto más viejo, durante una de sus últimas misiones lo derriba un aviador alemán, que había entrado en la fuerza aérea embelesado por las novelas de un tal Saint Exupéry.

Plan 2. Volar por siempre y para siempre. Objetivo cumplido.

Lo demás ya lo saben, o búsquenlo en la web. //